

A través del análisis de las principales representaciones simbólicas del texto herreriano, se descubren las obsesiones y angustias de un poeta que vivió en intimidad con la muerte, se ponen de manifiesto sus creencias filosóficas e ideales, se nos revela su manera de concebir el universo y su representación espacial y temporal. Los símbolos, pues, que se alojan en los tres espacios antropológicos de lo imaginario, el diurno, nocturno y el eros, consolidan la obra de Herrera y Reissig como un sistema total de expresión poética del mundo. En este trascendental fondo antropológico radica el poder de implantación vital de las grandes obras, puesto que nos hablan del hombre en su universalidad. Gracias a los símbolos —afirma Mircea Eliade— «el hombre sale de su situación particular y se abre hacia lo general y universal»¹².

Beatriz Amestoy

Los nuevos charrúas y Herrera y Reissig

La crítica es unánime en considerar 1900 como un año clave en la conversión de Herrera y Reissig al decadentismo *fin de siècle*. Por entonces sufre su segunda crisis cardíaca, al tiempo que entabla amistad con Roberto de las Carreras, cronista-*voyeur*, predicador de la anarquía amorosa y *dandy* a la medida de una «Tontovideo» al filo de la modernidad. Es en

¹² Eliade, Mircea, *Lo sagrado y lo profano*, Barcelona, Labor, 1985, pág. 178.

colaboración con De las Carreras o bajo su directa influencia que Herrera escribe entre 1900 y 1901 su más extenso y ambicioso proyecto, una monumental psicología del país y sus habitantes titulada *Los nuevos charrúas*, cuyo manuscrito (alrededor de 600 folios agrupados en capítulos de caótica numeración) se conserva, aún inédito, en la Biblioteca Nacional de Montevideo¹. De ellos extractaría algunos párrafos, hacia 1903, en «Epílogo wagneriano a *La política de fusión*, con surtidos de psicología sobre el imperio de Zapicán», atenuada versión en la cual anunciaba «una extensa obra crítica enciclopédica sobre el país, que saldrá a luz próximamente» (295), y con la cual procuraba desasirse del *homo politicus* que por clase y estirpe llevaba dentro.

Desde una ortodoxa lectura del evolucionismo spenceriano, tamizado por una aparente lectura de los capítulos iniciales de *The Origin of Species*, *Los nuevos charrúas* evidencia la óptica de un etnólogo-flâneur, cuyo cientificismo de converso pobremente encubre la voraz subjetividad de su mirada. La ambigüedad que de esto se desprende hace de *Los nuevos charrúas* un punto de inflexión en la producción herreriana, revelando una crisis ideológica múltiple: crisis personal motivada por su reciente experiencia de la muerte (Rama, «Travestido»); crisis de y frente a su clase, el patriciado en acelerado proceso de descomposición que condena con un paradójico gesto patricio²; crisis nacional, que entre los sacudones de las guerras civiles de 1897 y 1904, y en vísperas del montaje institucional del Estado moderno bajo la éjida de José Batlle y Ordóñez, exige el perentorio repensar de la realidad sociocultural del país.

El texto que a continuación se reproduce corresponde al capítulo «Etnología. Medio sociológico», depositado en la carpeta 5, carpetín 1 del Archivo Julio Herrera y Reissig, folios numerados 1-41 (interpolaciones 5a, 18a, 18b, 19+, 36a, 36+ +; faltante 20). He modernizado levemente la ortografía original, principalmente en el uso del tilde, así como la puntuación, pues al tratarse de una escritura nerviosa y apremiada, obviamente nunca revisada por el autor, contiene innumerables imprecisiones y erratas. Los subrayados del original han sido sustituidos por bastardilla, en tanto las notas a pie de página, señaladas con números, han sido agrupadas al final del texto, indicadas con asterisco. El número de folio va entre dobles barras (//); los vocablos de lectura problemática se transcriben entre corchetes ([]), y aquellos ilegibles se registran con puntos suspensivos([...]).

He suprimido de la presente edición los primeros diez folios, pues a pesar de su indudable interés documental, resultan parcialmente redundantes con respecto a los conceptos desarrollados en los subsiguientes. En estos diez folios, que ofician de introducción al conjunto, Herrera sintetiza los principios darwinianos de selección natural, herencia genética, sobreviven-

¹ La crítica ha conocido dichos manuscritos al menos desde la organización del Archivo por Roberto Ibáñez por los años 50. Los menciona Bula Píriz bajo el título «Relaciones del hombre con el suelo», en *pureza el título de un capítulo* [90]; Alicia Migdal lo menciona como *Los nuevos charrúas* o *Parentesco del hombre con el suelo* (o *Tratado de la imbecilidad del país según el sistema de H. Spencer*) [416]; Ángel Rama publica una página extraída del capítulo «Paralelo entre el hombre primitivo emocional y los uruguayos», en *La belle époque* [151], sin señalar su fuente, así como fragmentos varios en *Las máscaras* [94-8].

² Clase alta montevideana cuyo abolengo se legitima en «haber estado ahí al principio», el patriciado ejerció la hegemonía político-cultural hasta su paulatino arrinconamiento ante la modernidad [Rama 71ss]. «Tuvo políticos, letrados, militares, comerciantes, estancieros, hombres de empresa industrial, eclesiásticos, periodistas y hasta algunos escritores» [Real de Azúa 11 y 24].

cia de los más aptos, y superación/extinción de las especies mediante el mestizaje. (Por supuesto, siguiendo la vulgata darwiniana, Herrera identifica raza y especie, tergiversando la concepción racial de Darwin [ver «On the Races of Man», en *The Descent...*].) Pese a ello, la paráfrasis científica no obsta a su traducción en clave enigmática («Los seres se perfeccionan o desaparecen. Un dilema de hielo clava su interrogación petrífica en la ciudad maravillosa y famélica de los organismos. Dijérase la mano bienhechora de un hada que corrige sabiamente mientras un ángel extermina con su alfanje milenario»; ni el vuelo metafórico («Dijérase una Esfinje mitad mujer y mitad fiera, que ofrenda sus caricias a los frágiles triunfantes y destruye con sus garras a los débiles vencidos»); ni la dilución del evolucionismo en un drama esotérico («La Vida es una Necrópolis alegre, es un Moloch triunfante a cuyos pies arde la hoguera en que perecen los indefensos, los impotentes, los heridos de la gran batalla»); ni su final panteísmo de opereta («Los países y los hombres no existen por sí solos. Todo depende de todo. No hay almas libres, no hay cuerpos, no hay albedrío: hay sólo causas, concausas, efectos, proyecciones, fluidos, hálitos creadores, destructores y conservadores, y arriba de todo el Enigma, la terrible esfinge de piedra interrogando pavorosamente a los viajeros de ese inmenso desierto que lleva el nombre de ciencia»).

Estos excesos discursivos fisuran el acartonado científicismo a que se acoge «con ingenuo fervor de catecúmeno» [Ardao, *Etapas* 291], y revelan, más que la obvia endeblez de sus conocimientos científicos, que éstos no superan la epidermis del tejido textual, cuya verdadera intenc(s)ión se cuece en el desenfreno del estilo o en el descarado forzamiento ideológico, como evidencia la tesis central. En efecto, el determinismo biopsicológico, asociado al geoclimatológico, gesta la convergencia simpática hombre-medio, de donde extrae fácilmente el indispensable silogismo: si los seres son producto del medio, y tanto los charrúas como los uruguayos habitan, en distintos momentos históricos, un mismo medio, los uruguayos resultan, obviamente, charrúas. Retomando el ideomito diseñado por Zorrilla de San Martín en su *Tabaré*, el discurso herreriano engarza, polémicamente, con el montaje fundacional de la nación-Estado moderna llevado a cabo por la generación precedente. El texto, asimismo, al hacerse eco del etnocentrismo de las modernas ciencias positivas, debería inscribirse en la tradición civilizadora que, iniciada por Sarmiento y Alberdi, pronto ha de cuajar en Carlos Octavio Bunge y José Ingenieros. Difiere sin embargo del distanciado objetivismo que éstos pretenden; diferencia que no estriba tanto en la hiperbólica manipulación del evolucionismo ya señalada, cuanto en la ironía que invade el texto, aun en sus pasajes más aparentemente asépticos; ironía que rubrica mediante la irrupción del narrador, cuyo ex-

* BIBLIOGRAFÍA:

Ardao, Arturo. Etapas de la inteligencia uruguaya. Montevideo: Universidad de la República, 1971. *Boas, Franz.* Race, Language and Culture. New York: MacMillan, 1940. *The Mind of Primitive Man.* New York: MacMillan, 1945. *Bula Piriz, Roberto.* Herrera y Reissig (1875-1910). Vida y obra. New York: Hispanic Institute, 1952. *Darwin, Charles.* The Origin of Species and The Descent of Man. New York: The Modern Library, 1936. *Figuiera, José H.* Los primitivos habitantes del Uruguay. Ensayo paleoetnológico. Montevideo: Dornaleche y Reyes, 1892. *Harris, Marvin.* The Rise of Anthropological Theory. New York: Columbia University P., 1968. *Herrera y Reissig, Julio.* Poesía completa y prosa selecta. Caracas: Ayacucho, 1978. *Rama, Ángel.* La belle époque. Montevideo: Enciclopedia Uruguaya 28, 1968. «La estética de Julio Herrera y Reissig: el travestido de la muerte». Río Piedras: Revista de la Facultad de Humanidades 2 (1973). La ciudad letrada. Hanover, N.H.: del Norte, 1984. Las máscaras democráticas del modernismo. Montevideo: Fundación Ángel Rama, 1985. *Real de Azúa, Carlos.* El patriado uruguayo. Montevideo: Asir, 1961. *Saint-Victor, Paul de.* Victor Hugo. París: Calmann Lévy, 1884. *Zorrilla de San Martín, Juan.* Tabaré. Montevideo: Biblioteca Artigas, 1956.

³ Zorrilla, Tabaré, canto 2, 4.

plícito designio, paradójicamente, consiste en marcar su diferenciada con los «nuevos charrúas» objeto de su estudio. Esa lúdica ostentación del narrador disloca la presunta circunspección de lo científico e instala al texto al borde de la parodia, para retornarlo inmediatamente al simulacro de la objetividad. Este juego pendular objetivismo/ subjetivismo, científicismo/poiesis, hace a la índole ideológicamente ambigua de la modernidad periférica a la que Herrera, perplejo, sólo sabe replicar mediante la práctica de un discurso que, carente de anclaje, sólo puede formularse en su indecibilidad; más aún: como puro proceso de autodesestabilización*.

Abril Trigo

Etnología. Medio sociológico

//10// El lector tendrá presente los principios que acabo de sentar, respecto [a] la influencia del medio físico sobre el carácter y la civilización de los hombres, así como del parentesco que liga regularmente a todos los seres de la naturaleza, desde el mineral hasta el hombre. Estos principios constituyen la base del estudio que a continuación expreso, referente a la similitud de caracteres emocionales que existe entre los nuevos charrúas y los viejos charrúas, o lo que es lo mismo, entre aquella tribu errática de cuatro mil salvajes que pasó por este mundo «sin hogar en la tierra ni en el cielo»³ y los ochocientos mil terrícolas descendientes de todas las castas del universo, que viven a sus anchas en este paraíso de 170.000 kilómetros, que tiene costas sobre el Atlántico, el Plata y el Uruguay, regados a las mil maravillas por ríos, arroyos y temporales, y tan fértil que ni necesita semillas ni agricultores.

//11// El antropologista Boas, después de haberse entregado a innumerables observaciones y profundos trabajos paleontológicos, arriba a la conclusión científica de que las razas europeas sufren en América de tal modo la influencia de la naturaleza, que acabarán por revertir todos los caracteres de los indígenas, llegando a ser exactamente iguales a las especies umbráticas que la civilización tanto se empeña en extirpar. Entre los blancos descendientes en línea directa de los primeros colonos ingleses, y los individuos de varias tribus de indios norteamericanos existe una similitud fisonómica pronunciada. Se nota que los rasgos europeos van desapareciendo gradualmente del rostro, así como las líneas del cuerpo, que se hacen menos armónicas y ligeras, para dar lugar a la degradación de los contornos